ó poco menos, porque se compraban en junto para gozar del barato, y conservábanlos entre ceniza ó sal, porque no se dañasen, y así se guardaban seis y siete meses. Aquel echar la bendicion á la mesa, y antes de haber acabado con ella ser necesario dar gracias, de tal manera, que habiendo empezado á comer en cierto pupilaje, uno de los estudiantes que sentia mucho calor y habia venido tarde, comenzóse á desabrochar el vestido, y cuando quiso comenzar á comer, oyó que ya daban gracias, y dando en la mesa una palmada, dijo: Silencio, señores, que yo no sé de que tengo de dar gracias, ó denlas ellos. La ensalada de la noche muy menuda, y bien mezclada con harta verdura, porque no se perdia hoja de rábano ni de cebolla que no se aprovechase, poco aceite, y el vinagre aguado, lechugas partidas, ó zanahorias picadas con su buen orégano. Solian entremeter algunas veces, y siempre por el verano, un guisadito de carnero; compraban de los huesos que sobrabran á los pasteleros, costaban poco y abultaban mucho; ya que no teníamos que roer, no faltaba en que chupar; al sabor del caldo nos comíamos el pan, unas aceitunicas acebuchales, porque se comiesen pocas, un vino de la pasion de dos orejas, que nos dejaba el gusto peor que de cerveza. ¿Qué diré del cuidado que la mujer ó ama del pupilero tenia en venirnos á notificar los ayunos de la semana para que no pidiésemos los almuerzos? Aquel comutar de cenas en comidas, que ni valian juntas para razonables colaciones, que cuando nos las daban venian mas ajustadas que azafran, con el peso de cuatro onzas por todo, como si el casuista que lo tasó acaso supiera mi necesidad, ó como si en razon de nuestros estudios y de las malas comidas no le pudiéramos argüir, que debian reservarnos con los mas, pues entramos en el número de los trabajadores, ó como si la vianda que nos dan fuese cóngrua para nuestro sustento, pues todo era tan limitado, tan poco y mal guisado, como para estudiantes y en pupilaje, que son de peor condicion que niños de la doctrina, que traen los estómagos pegados al espinazo, con mas deseo de comer que el entendimiento de saber. Solia decirnos algunas veces nuestro pupilero, que decia Marco Aurelio, que los idiotas tenian dieta de libros, y andaban hartos de comidas, que solo el sabio, como sabio, aborrece los manjares por mejor poderse retirar á los estudios, que á los puercos y en los caballos estaba bien la gordura, y á los hombres importaba ser enjutos, porque los gordos tienen por la mayor parte grueso el entendimiento, son torpes en andar, inválidos para pelear, inútiles para todo ejercicio, lo cual en los flacos era por el contrario. Yo me holgaba confesarle aquesto, con que no me negara otra mayor verdad, que poco y mal comer acaban presto la vida, y si no tengo de lograr mis estudios, en vano se toma el trabajo de ellos. ¿Ved por mi vida cuál halcon salió á caza que primero no lo cebasen? ¿Qué podenco, qué galgo, qué lebrel

salió al monte que lo llevasen hambriento? Tengan y tengamos, que bueno es en todo el medio. Aquí les confesaremos que no se ha de comer hasta hartar si nos conceden que no habemos de ayunar hasta dejarnos caer, que habia estudiante de nosotros que se le conocian ahilársele los excrementos en el estómago. Con todo esto lo elegí por de menor inconveniente, pareciéndome que siendo como era ya hombre, si tomase camarada, lo habia de hacer con otro igual mio, y que como somos diferentes en rostro, tenemos diferentes las condiciones, y pudiera encontrar con quien pensando aprovechar en las letras me acabase de dañar con vicios, cursándolos mas que la escuela. *Del mal el menos;* híceme pupilo, teniendo por mejor tropellar con el qué dirán de ver á un jayan como yo, con tantas barbas como la mujer de Peñaranda, metido entre muchachos. Consolábame que tambien habia entre nosotros algunos casi como yo, y estábamos mezclados como garbanzos y chochos. Con esto estaba libre de todo género de cuidado, no me lo daba la comida ni el buscarla ó proveerla, quedaba libre para solo mi negocio, y todo en todo. Excusábame de amas, que son peores que llamas, pues lo abrasan todo. ¿Amas, dije, no seria bueno darles una razonable barajadura, ó siquiera un repelon? A las de los estudiantes digo, que son una muy honrada gentecilla. ¿Qué liberales y diestras están en hurtar, y qué flojas y perezosas para el trabajo? ¿Cómo limpian las arcas, y qué sucias tienen las casas? Ama solíamos tener que sisaba siempre de todo lo que se le daba un tercio, porque del carbon, de las especias, de los garbanzos y de todas las mas cosas, ya cuando no podia hurtar el dinero, guardábalas en especie, y en teniéndolo junto, nos lo vendian, pedian para ello, y gastaban de lo que habian llegado. Si habian de lavar, hurtaban el jabon, y á puros golpes en las piedras, con abundancia del agua del rio, hacian blanquear la ropa en detrimento suyo, porque le quitaban dos tercios de la vida. No solo nos hacian el daño del sisar, empero destruíanlo todo. Sabido para qué lo hacian, ó en qué lo gastaban, era con el capigorrista de sus ojos, á quien traian en los aires, para ellos hurtaban el pan, cercenaban las ollas, apartando el puchero de lo mejor y mas florido; si acaso estaba en casa, le daban el hervor de la olla, sopitas abahadas, carne sin hueso, ropa enjabonada, y sobre todo bien remendados de nuestra sustancia. Ellas en fin son perjudiciales, indómitas y sisantes, peores mucho que un mochilerillo de un soldado que sisaba de un pastel, y de ocho maravedís doce, porque del pastel alzaba la tapa y sorbíale el caldo, y enviándolo por vino se quedaba con los ocho maravedís que le daban para él, y vendia el jarro por un cuarto, venia luego llorando y diciendo que se le habia derramado el vino quebrándose el jarro. Jamás vino á casa cuarto de carnero que poco á poco no le faltase un quinto, y le quitase el riñon, diciendo

que á devocion del bienaventurado san Zoilo, y así nunca se comian; pero no era tan devoto su estudiante que á todo hacia, y para él no habia de haber cosa en que no se le adjudicase su parte, y muchas veces todo, diciendo aquí lo puse, allí estaba, el gato lo comió, allí lo dejé; no le faltaban achaques para sisar y hurtar cuanto querian, pues queredles apretar, limitar, ó ir á la mano en algo, y hablar una sola palabra que no les venga muy á cuento, no hay vecino en el barrio, no hay tienda, taberna ni horno donde no cuenten luego vuestra vida y milagros, que sois un malaventurado, apocado, hambriento, mezquino, de mala condicion, gruñidor, que les tentais los huevos á las gallinas, que veis como se espuma la olla, que atais el tocino para echarlo dentro, y con solo un cuarto de él haceis toda la semana, porque se vuelve á sacar y se guarda. Váseos de casa, y quereis traer otra, no la hallareis que por la puerta os entre, y habeis de serviros á vos mismo, porque luego le dicen, y ella se informa primero que os entre á servir, lo que la otra dijo de vos, y por lo que se fué. Quien se quisiere servir por todo ha de pasar con ellas, á nada se les ha de replicar, su voluntad han de hacer, y aun mal contentas. Acontecióme antes de casado recibir en mi casa una mujer, y ser tan puerca, floja y de mal servicio, que la despedí al tercero dia; luego recibí otra que venia convaleciente, y recayendo en la enfermedad, solo me sirvió dos dias, que se volvió al hospital; trajéronme otra luego, tan grande ladrona, que mandándole asar un conejo lo hizo pedazos para guisarlo en cazuela, y solo sacó á la mesa la cabeza, piernas y brazos, porque lo mas hizo de ello lo que quiso, y viendo semejante bellaquería, solo aquel dia estuvo en casa, despedíla para por la mañana. Cuando los vecinos vieron que en seis dias habia tenido tres mujeres, y que cada una cuando salia iba rezando y murmurando de mí, levantóse una mala voz, pusiéronme cien faltas, y tanto, que mas de veinte dias me fuí á comer al bodegon, que ninguna mujer queria venir á mi casa por las nuevas que de mí le daban, hasta que un amigo me trajo una peor que todas, porque se amancebaba con cuantos la querian, y á todos los traia al retortero; quísela luego echar, pero no me atreví por amor de la mala voz de mis vecinos, y digo verdad que tuve á esta causa por menos inconveniente despedir la casa y mudarme á otro barrio, sufriendo hasta entonces á esta mujer, que despedirla, y así lo hice. Si estais en casa quieren salir fuera, si vais fuera quieren quedar en casa, si huelgan piden para lino, si se lo dais os infaman de casero, y nada de esto hacen sin su misterio; licencia os doy que lo sospecheis, como no penseis que son malas de sus personas, pues hasta hoy se ha visto ama, como no sea de estudiantes, que haga semejante vileza. No se amancebarán con el mozo de plaza, ni con el lacayo, ni hurtarán aunque lo hallen rodando por el suelo. No estimaba ni sentia tanto ver

que me robaban la hacienda, ó estar amancebadas, aunque no lo debiera consentir en mi casa, cuanto que me quisiesen quitar el entendimiento privándome de él, que con mentiras y lágrimas quisiesen acreditar sus embelecos, de manera, que sabiendo yo la verdad muy clara, viendo á los ojos presente su maldad, su bellaquería y mal trato, me obligasen á tenerlo por bueno y santo, esto me sacaba de juicio. Mucho se padece con ellas en todo tiempo y de cualquiera edad; si son viejas malas, y si mozas peores, y si esto es una sola, ¿qué se padecerá donde son menester dos? Dichoso aquel que las puede excusar y servirse de menos, porque no hay cuando peor lo sirvan que cuando tienen mas que lo hagan. Con todo esto, protesto que no lo digo por la señora ama que me oye, que yo no sé y la conozco por muy mujer de bien, y que lo perdonará todo porque le den un traguito de vino. Asistí en mi pupilaje, sufrílo por no sufrirlas, reparaba las faltas teniendo en mi aposento algunas cosas prevenidas de regalo con que se iba pasando menos mal, entreteniéndolas cuando era necesario. Eso teníamos bueno, que nos consentian asar una lonja muy gentil de tocino, por solo que los convidásemos á ella, y lo tomaran de partido los pupileros cuatro dias en la semana. De esta manera, despues de haber oido las artes y metafísica, me dieron el segundo en licencias, con agravio notorio á voz de toda la universidad, que dijeron haberme quitado primero por anteponer á un hijo de un grave supuesto de ella. Entré á oir mi teología, comencéla con mucho gusto porque lo hallaba ya en las letras, con el cebo de aquel dulcísimo entretenimiento de las escuelas, por ser una vida hermana en armas de las que siempre tuve. ¿Dónde se goza mayor libertad? ¿Quién vive vida tan sosegada? ¿Cuáles entretenimientos, de todo género de ellos, faltaron á los estudiantes, y de todo mucho? Si son recogidos hallan sus iguales y si perdidos no les faltan compañeros. Todos hallan sus iguales como los han menester, y los estudiosos tienen con quien conferir sus estudios, gozan de sus honras, escriben sus lecciones, estudian sus actos, y si se quieren espaciar son como las mujeres de la montaña, donde quiera que van llevan su rueca, que aun arando hilan. Donde quiera que se halla el estudiante, aunque haya salido de casa con solo ánimo de recrearse por aquella tan espaciosa y fresca ribera, en ella va recapacitando, arguyendo, confiriendo consigo mismo, sin sentir soledad, que verdaderamente los hombres bien ocupados nunca la tienen. Si se quiere desmandar una vez en el año, aflojando al arco la cuerda, haciendo travesuras con alguna bulla de amigos, ¿qué fiesta ó regocijos se iguala con un correr de un pastel, rodar un melon, bolar una tabla de turron? ¿Dónde ó quién lo hace con aquella curiosidad? Si quiere dar una música, salir á rotular, ó dar una matraca, gritar una cátedra, ó levantar en los aires una guerrilla por solo antojo, sin

otra razon ó fundamento, ¿quién, dónde ó cómo se hace hoy en el mundo como en las escuelas de Alcalá? ¿Dónde tan floridos ingenios en artes, medicina y teología? ¿Dónde los ejercicios de aquellos colegios teólogo y trilingüe? ¿De dónde cada dia salen talentos y tan buenos estudiantes? ¿Dónde se hallan un semejante concurrir en las artes los estudiantes, que siendo amigos y hermanos, como si fuesen fronteros están siempre los unos contra los otros en el ejercicio de las letras? ¿Dónde tan buen trato, tanta disciplina en la música, en las armas, en danzar, correr, saltar y tirar la barra, haciendo los ingenios hábiles y los cuerpos ágiles? ¿Dónde concurren juntas tantas cosas buenas con clemencia de cielo y provision de suelo, y sobre todo una tal iglesia catedral, que se puede justamente llamar fenix en el mundo por los ingenios de ella? ¡Oh madre Alcalá! ¿qué diré de tí que satisfaga, ó cómo para no agraviarte callaré, que no puedo? Por maravilla conocí estudiante notoriamente distraido, de tal manera, que por el vicio (ya sea de jugar, ó cualquiera otro) dejase su fin principal en lo que tenia obligacion, porque lo teníamos por infamia. ¡Oh dulce vida la de los estudiantes! Aquel hacer de obispillos, aquel dar trato á un novato, meterlo en rueda, sacarlo nevado, darle garrote al arca, sacarle la patente, ó no dejarle libro seguro, ni manteo sobre los hombros, aquel sobornar votos, aquel solicitarlos y adquirirlos, aquella certeza en los de la pátria, el empeñar de prendas en cuanto tarda el recuero, unas en pastelerías, otras en la tienda, los Escotos en el buñolero, los Aristóteles en la taberna, desencuadernado todo, la cota entre los colchones, la espada debajo de la cama, la rodela en la cocina, el broquel con el tapadero de la tinaja; ¿en qué confitería no teníamos prenda y taja cuando el crédito faltaba? De esta manera, con estos entretenimientos proseguí mi teología, y cuando cursaba en el último año, ya para quererme hacer bachiller, mis pecados me llevaron un domingo por la tarde á Santa María del Val. Romerías hay á veces que valiera mucho mas tener quebrada una pierna en casa. Esta estacion fué causa y principio de toda mi perdicion, de aquí se levantó la tormenta de mi vida, la destruccion de mi hacienda y acabamiento de mi honra. Salí de mi casa con sola intencion de visitar esta santa casa, hícelo, y al entrar en la iglesia vi un corrillo de mujeres, y entre ellas algunas de muy buena gracia, llevóme la costumbre á la pila del agua bendita, zabullí la mano dentro, díme con una poca en la frente, pero siempre los ojos en el pié de hato. Sin mirar al altar, ni considerar en el sacramento, asenté la rodilla en el suelo, sacando adelante la otra pierna como ballestero puesto en acecho; en lugar de persignarme hice por cruz un ciento de garavatos, y fuíme derecho á donde vi la gente, mas antes que llegase vi que se levantaron, y saliendo de allí se fueron por entre los álamos adelante, á la

orilla del rio, y sobre un pradillo verde, haciendo alfombra de su fresca yerba, se sentaron en ella. Seguíalas yo de lejos hasta ver donde paraban, y viéndolas con un poco de reposo, y que ya sacaban de las mangas algunas cosas que llevaron para merendar, me fuí acercando á ellas. Eran una viuda mesonera con sus dos hijas mas lindas que Polux y Castor, iban con otras amigas no de poca buena gracia, mas la que así se llamaba, que era la hija mayor de la mesonera, de tal manera las aventajaba, que parecia traerlas arrastradas; eran estrellas, pero mi Gracia el sol. Yo era conocidísimo, habia mas de siete años que residia en Alcalá, y siempre muy bien tratado y tenido por uno de los mejores estudiantes de ella, y acreditado de rico; las mozuelas eran triscadoras y graciosas, ya querian comenzar á merendar, cuando burlando quise meterme de gorra, empero de veras me la echaron, pues por ellas me la puse. Dejando esto en este punto, antes de continuarlo conviene advertiros, que con los gastos de los estudios, en libros, en grados y vestirme, íbamos casi ajustando la cuenta yo y mi hacienda; teníala, pero tan poca, que no pudiera con ella ordenarme, y como antes de tomar el grado de bachiller en teología era necesario tener órdenes, y estas era imposible por faltarme capellanía, no tuve otro remedio que acudir á pedírselo á mi suegro, con quien siempre me comuniqué, porque nunca hasta entonces habia faltado la amistad; él me puso ánimo, dándome consejo y remedio juntos, que quien puede poco hace cuando aconseja si no remedia. Dijo que me haria donacion de las posesiones de las dotes de mi mujer, diciendo dármelas para que se fundase cierta capellanía que yo sirviese por su alma, y que por otra parte le hiciese declaracion de la verdad, obligándome á absolverlas, cada y cuando que me las pidiese. Aun hasta para en esto son malas estas contraescrituras, pues dan lugar contra lo establecido por santos concilios, corriendo tan descaradamente sin temor de las gravísimas penas y censuras en que se incurre por semejante simonía. ¡Válgame Dios! ¿Y cómo á tan grave daño se debiera cortar el hilo? Mas por no cortar yo el que llevo, agradecíselo mucho, beséle las manos, viendo cuán de buena voluntad se queria ir conmigo mano á mano paseando hasta el infierno, por tenerme compañía. ¿Diré aquí algo? Ya oigo deciros que no, que me deje de reformaciones tan sin qué ni para qué. No puedo mas; pero si puedo, Guzman amigo, ¿esto por ventura corre por tu cuenta, ni nada de ello? No por cierto. ¿Piensas que tú solo eres el primero que lo siente, ó que serás el último en decirlo? Di lo que te importa, y hace á tu propósito, que dejaste las mozas merendando, el bocado en la boca, y á los demás suspensos de las palabras de la tuya. Vuélvenos á contar tu cuento, y quédese aqueste así para quien hiciere al suyo. Razon pides, no te la puedo negar, y pues con tanta facilidad te la concedo, con-

cédeme perdon de aquesta culpa, que ya vuelvo. Yo estaba ya en el punto que has oido, los cursos casi pasados, la capellanía fundada para ordenarme y tomar el grado dentro de tres meses. Esto era en febrero, las órdenes habian de ser por las primeras témporas, y el grado á principio de mayo. Tenia esta rapaza decir y hacer, nombre y obras, toda era gracia, y juntas las gracias todas eran pocas para con la suya. Toda ella era una caja de donaires, en cuanto hermosa no sé como mas encarecerte su belleza que callando, cantaba suavísimamente á una vihuela, tañíala con mucha destreza, tenia gran discrecion, era viva de ingenio y ojos, risa formaba con ellos donde quiera que los volvia, segun se mostraban alegres. Puse los mios en ellos, y parece que los rayos visuales de ambos, reconcentrados adentro, se volvieron contra las almas; conocíle aficion, y creyóla de mí, desposeyóme del alma, y díjeselo á voces mirándola, empero la boca siempre callada, que nunca se abrió á otra palabra por entonces, que á pedirle por merced si me la querian hacer en convidarme; ofreciéronme todas cada una su parte de merienda, y aun casi por fuerza me quisieron obligar á recibirla. Cuando les dí las gracias de su buen comedimiento, hube (muy de mi agrado, y constreñido de ser mandado) de coger el manteo, y sentado encima, de alcanzar parte, y no pequeña, porque me regalaban á porfía, siéndoles agradecido, haciendo la razon á los brindis, me valió por bastante cena. Cuando hubieron acabado, sacó la criada la vihuela, que debajo del manto llevaba, y dándomela Gracia, con toda la suya, de su mano á la mia, me mandó que les tañese, porque querian bailar; hiciéronlo de manera, con tanta destreza y arte, y con tanta excelencia de bien mi prenda, que no me quedó alguna que allí no se rematase.

Cuando cansadas quisieron reposar un poco, volviendo á poner la vihuela en las manos de quien la recibí, supliquéle que un poco cantase, y sin algun melindre, templándola con su voz, lo hizo de manera, que parecia suspender el tiempo, pues no sintiéndose lo que se tardó en ello, llegó la noche. Hízose hora de volverse á sus casas, acompañélas todo el camino, trayendo á mi dama de la mano. Vime á los principios perdido, sin saber por donde comenzar, hasta que, conocida de ella mi cortedad ó temor, no sé si con cuidado, tropezó del chapin, acudíle los brazos abiertos, y recibíla en ellos, alcanzándole á tocar un poco de su rostro con el mio. Cuando ya estuvo en pié, lo tomé de allí, culpando á mis ojos de haberle hecho mal con ellos, respondióme de modo que me obligé á replicarle, y como la llevaba de mano, apretésela un poco, y riyéndose dijo, que por mas que apretase no sacaria de ella jugo; de aquí tomé mayor atrevimiento en el hablar, de manera, que haciendo que nos quedábamos atrás por no poder mas andar, íbamos tratando de nuestros amores, digo yo de los mios, y ella

riyéndose de todo, y tomándolo en pasatiempo. Era taimada la madre, buscaba yernos, y las hijas maridos; no les descontentaba el mozo, diéronme cuerda larga hasta dejarlas dentro de su casa, donde cuando llegamos me hicieron entrar en su aposento que tenian muy bien aderezado, llegáronme una silla, hiciéronme descansar un poco, y sacándome una caja de conserva, me trajeron con ella un jarro de agua, que no fué poco necesaria para el fuego del veneno que me abrasaba el corazon, mas no aprovechó. Ya era hora de despedirme, hícelo, suplicándoles me diesen su licencia para recibir aquella merced algunas veces; ellas dijeron que se la haria en servirme de aquella casa, y conocerian en ello mis palabras, cuando correspondiesen á las obras. Despedíme, dejélas; no las dejé ni me fuí, pues quedándome allí, llevé conmigo la prenda que adoraba. ¡Qué noche quereis que sea para mí esta! ¡qué largas horas, qué sueño tan corto, qué confusion de pensamientos, qué guerra total, qué batalla de cuidados, qué tormenta se ha levantado en el puerto de mi mayor bonanza! dije. ¿Cómo en tan segura calma me sobrevino semejante borrasca, sin sentirla venir, ni saberla remediar? Perdido voy, incierta es la esperanza del remedio. Pues ya cuando amaneció, que me fuí á las escuelas, ni supe si en ellas entré, ni palabra entendí de cuanto en la leccion dijeron; volvíme á la posada, sentéme á la mesa, y quedábanseme los bocados en la boca helados, con tanto descuido de lo que hacia, que puse cuidado á mis compañeros, y admiracion en el pupilero, que creyó ser principio de alguna enfermedad gravísima, y no estuvo engañado, pues de allí resultó mi muerte. Preguntóme qué tenia; no supe responderle, mas de que sin duda el corazon se recelaba de algun gravísimo daño venidero, porque desde el dia pasado lo sentia caido en el cuerpo, que casi no me animaba. Díjome que no fuese Mendocino, ni diese á la imaginacion tales disparates, que olvidase supersticiones, que aquello no era otra cosa que abundancia de mal humor, que presto se gastaria. Como ya yo sabia que no se medicinaba mi mal con yerbas, disimulélo, y dije, por no dar á sentir mi desdicha: Señor, así será, y así lo haré, mas mucho me fatiga. Levantéme de la mesa, empero no de comer; y subiendo á mi aposento, fué tanto lo que me apretó aquella congoja, que dejándome caer encima de la cama, la boca y ojos en el almohada, vertí por ellos mucha copia de lágrimas, enterrando los suspiros entre la lana. Sentíme con esto algo aliviado, y con el deseo de ver el médico de mi salud, tomando el manteo, y dejando la leccion, me fuí á su casa. No puedo en solas dos palabras dejar por decir, que no hay ejercicio alguno que no quiera ser continuado, y que faltarle un punto de su ordinario, es un punto que se suelta de una calza de aguja, que por allí se va toda. Con esta leccion que perdí, perdí todos cuatro cursos, y á mí con ellos; pues de una en otra dejé de continuarlas,

no dándoseme por ellas un comino. Habíame ya matriculado Amor en sus escuelas, Gracia era mi rector, su gracia era mi maestro, y su voluntad mi curso; ya no sabia mas de lo que queria que supiese; comencé riyendo y acabé llorando, de burlas les pedí un bocado de la merienda, de veras lo hallé despues atravesado á la garganta, fué de veneno que me quitó el entendimiento, y como sin él anduve mas de tres meses, dando de mí una muy grande nota, que un tan famoso estudiante quisiese así perderse; y movido el rector de lástima, cuando lo supo, quiso ponerme remedio, y fué dañarme mas, que viéndome de todas partes apretado, y mas de mi pasion propia, rebenté sin poderme resistir. Ya nuestros amores iban muy adelante, los favores eran grandes, las esperanzas no cortas, pues las dejaban á mi voluntad, queriendo recibirla por esposa. Troquemos plazas, y tome la mia el mas cuerdo del mundo; hállese sujeto de prisiones tan fuertes, y con tan justas causas para rendirse; siéntase acosado queriéndoselo impedir, y deme luego consejo. No supe otro medio, dejélo todo por lo que pensé que fuera mi remedio. La madre me ofreció su casa y toda su hacienda, era mujer acreditada en el trato, tenia mucho y buen despacho; ganaba bien de comer, regalábame mucho; servíame al pensamiento, trayéndome aseado, limpio y oloroso, mirado y respetado como señor de todo; nunca creí que aquello me faltara, quise quitarme de malas lenguas que ya me levantaban lo que si fuera verdad quizá no me perdiera. Señores mios, con perdon de vuestras mercedes, caséme. No ha sido mala cuenta la que dí de tantos estudios, de tantas letras, de verme ya en términos de ordenarme y graduarme, para poder otro dia catedrar por lo menos, porque pudiera segun la opinion que tuve. Y ya en la cumbre de mis trabajos, cuando habia de recibir el premio, descansando de ellos, volví de nuevo como Sísifo á subir la piedra [1]. Considero ahora lo que muchas veces entonces hice; como sabe Dios trocar los designios de los hombres, como ya hecho el altar, puesta la leña, Isac encima, el cuchillo desnudo, el brazo levantado, descargando el golpe, impide la ejecucion. Guzman, ¿qué se hicieron tantas velas, tantos cuidados, tantas madrugadas, tanta continuacion á las escuelas, tantos actos, tantos grados, tantas pretensiones? Ya os dije, cuando en mi niñez, que todo vino á parar en la CAPACHA, y ahora los de mi consistencia en un meson, y quiera Dios que aquí paren.

[1] Sísifo era castigado en los infiernos con la pena de subir á lo alto de una montaña un enorme penasco, que tan pronto como estaba colocado en la cumbre, bajaba rodando á la llanura; y en estos continuos é inútiles esfuerzos expiaba sus delitos.

CAPÍTULO V.

Deja Guzman de Alfarache los estudios, vase á vivir á Madrid, lleva su mujer, y salen de allí desterrados.

Pues de bachiller en teología salté á maestro de amor profano, ya se supone que soy licenciado, y como tal podré con su buena licencia decir lo que conozco de él, y como tan buen practicante suyo. Si lo quisiésemos definir, habiendo tantos dicho tanto, seria volver á repetirlo millares de veces repetido. Es el amor tan todo en todo, tan contrario en sus efectos, que aunque mas de él se diga, quedará menos entendido; empero diremos de él algo con los muchos. Es amor una prision de locura, nacida de ocio, criada con voluntad y dineros, y curada con torpeza. Es un exceso de codicia bestial, sutilísima y penetrante, que corre por los ojos hasta el corazon, como la yerba del ballestero, que hasta llegar á él, como á su centro, no para. Huésped que con gusto convidamos, y una vez recibido en casa, con mucho trabajo, aun es dificultoso echarlo de ella. Es niño antojadizo, y desvaria; es viejo, y caduca; es hijo que á sus padres no perdona, y padre que á sus hijos maltrata; es Dios que no tiene misericordia, enemigo encubierto, amigo fingido, ciego certero, débil para el trabajo, y como la muerte fuerte. No tiene ley, ni guarda razon; es impaciente, sospechoso, vengativo, y dulce tirano. Píntanlo ciego, porque no tiene medio, ni modo, distincion ó eleccion, órden, consejo, firmeza ni venganza, y siempre yerra. Tiene alas por su ligereza en aprender lo que se ama, y con que nos lleva á desdichado fin; de manera, que solo aquello que á ciegas aprueba, con ligereza lo solicita y alcanza. Y siendo sus efectos tales, para la ejecucion de ellos quiere que falte paciencia en esperar, miedo en acometer, policía en hablar, vergüenza en pedir, juicio en seguir, freno en considerar, y consideracion en los peligros. Amé con mirar, y tanta fué su fuerza contra mí, que me rindió en un punto. No fué necesario trascurso de tiempo, como algunos afirman, y yerran. Porque como despues de la caida de nuestros primeros padres, con aquella levadura se acedó toda la masa, corrompida de los vicios, vino en tal ruina la fábrica de este reloj humano, que no le quedó rueda con rueda, ni muelle fijo que las moviese. Quedó tan desbaratado, sin algun órden ó concierto, como si fuera otro contrario, en ser muy diferente el primero en que Dios lo crió, lo cual nació de la inobediencia sola. De allí